

# Un Emigrante

Desde que un paisano, y reciente amigo, relacionado con la Cultura en nuestra Ciudad me propuso, en una conversación informal, escribir un artículo para el libro de las Fiestas de nuestro pueblo de nacimiento, he estado pensando en lo que, una persona ausente de su tierra más de 46 años, podía expresar a los Villacarrillenses que pudiese generar, al menos, la curiosidad o el interés suficiente como para que llegasen al final de este artículo sin sentir la necesidad de pasar a la página siguiente. El ofrecimiento, lo tomé como un reto y al propio tiempo como un orgullo. Poder dirigirte a tus paisanos y en Fiestas, no está al alcance de muchos.

Me propongo reflexionar, sobre lo que sucedió en nuestra ciudad en las décadas de los 50 y 60, para que cada día, cada mes, cada año que transcurra, nuestra Ciudad se fuese quedando más sola y con menos gentes. Hacía pocos años, nos decían, que había terminado la más cruel de las guerras. Aquella confrontación entre hermanos que nos llevó posteriormente a la miseria, al odio y al resentimiento, al abuso del poderoso sobre el débil que hizo que se ensanchara, aún más, la brecha existente entre las clases pudientes y las trabajadoras. Como observaran los paisanos, el gráfico nos muestra una década que marca un antes y un después en la historia de nuestra ciudad. Fue en la década de los 50 cuando Villacarrillo vivió su máximo apogeo en población, llegó a superar los 20.000 habitantes. Fue un cenit que, analizando las condiciones de vida de entonces, no encuentro justificación alguna al gran crecimiento que tuvo, en aquella época, la demografía en nuestra Ciudad.

Dice el refrán que "algo tendrá el agua cuando la bendicen" y lo aplico a Villacarrillo porque, desde mi humilde punto de vista, desconozco que podía atraer de nuestra tierra para que, el crecimiento, desde 1930 a 1950, fuese tan espectacular que, en dos décadas, se incrementó casi un 40%, incluyendo una guerra y posguerra.

Durante años fui testigo del éxodo de familias enteras de mi propio barrio y adyacentes. Familias que, año tras año, esperábamos, que retornaran en los veranos o para las fiestas de Septiembre.

Corrían los años 60 sin que yo pensara que, años más tarde, toda mi familia formaría parte de esa comunidad de emigrantes que, día tras día, iba creciendo y que parecía no tener fin. Fue el 17 de octubre de 1965, cuando dejaba atrás esta tierra. A partir de ese momento, toda mi familia entró a formar parte de las estadísticas de esa lacra que supuso la migración, una emigración que no se produjo por querer huir, fue por querer vivir. Vivir buscando un futuro mejor.

Al término de los años 60, el 35% del censo, unos 7000 Villacarrillenses ya formábamos parte de ese exilio forzado, obligados por la carencia de trabajo, las discriminaciones, humillaciones, hambruna, miseria,

persecución política y falta de oportunidades para planteamos desarrollar un futuro en nuestra propia tierra. En esos tristes momentos, con poco que llevar y una mezcla de sentimientos de pena e ilusión, de rabia y esperanza, de miedo y generosidad, un conjunto de sentimientos complejos que, difícilmente, puedo expresar con palabras, empezaba una nueva etapa en nuestras vidas.

Las generaciones que, en esas fechas tristemente emigramos, estuvieron compuestas por personas poco o nada formadas académicamente. El analfabetismo total o funcional, fue otro de los hándicaps que tuvimos que vencer en las tierras de destino.

Durante la década de los 70, otros 1000 Campiñeses más, posiblemente por el efecto llamada, acompañaron a los anteriores en su aventura emigratoria.

A partir de 1980, continúa ese goteo continuo de personas que, después de terminar sus Licenciaturas o Diplomaturas, buscan ejercer sus Carreras fuera de Villacarrillo y acaban instalándose en otras localidades, porque tampoco a ellos, se les ofrecen posibilidades de forjarse su futuro en su propia tierra. Un emigrante diferente, pero, también, emigrante.

No puedo dejar de referirme a la realidad actual. Curiosamente, en el siglo XXI, Villacarrillo se ha convertido en tierra receptora de emigrantes. Cientos de personas provenientes de otros países, llenan las calles de nuestra Ciudad en las épocas de recolección de aceituna, en busca de un trabajo que alivie la desesperada situación que padecen. He conocido que, como no podía ser de otra manera, algunos de mis paisanos han demostrado su solidaridad con estas personas, procurándoles comida, ropas y cariño, consiguiendo con su obra aliviar su precaria situación. Estos paisanos, tienen nombres y apellidos, pero no los cito por miedo a dejarme alguno.

A pesar de todo lo sufrido, los emigrantes "som i serem" los mejores embajadores de nuestra tierra. Hemos demostrado día a día, mes a mes, año tras año, que el campieñes es de una casta diferente, trabajador incansable, cumplidor, responsable, generoso, honrado, amable y que, con su buen hacer, hizo desaparecer los tópicos que de los Andaluces siempre se dijeron.

Tristemente, la causa fundamental de este conocimiento ha tenido que ser a través de las referencias que de él fuimos haciendo los emigrantes yes por ello que, con esta actitud, hemos conseguido situar a Villacarrillo en el lugar que le corresponde dentro del mapa de los conocimientos de otras tierras.

Nuestra sociabilidad ha quedado demostrada en nuestras respectivas tierras de acogida. Comprender a sus gentes, sus costumbres, sus hechos diferenciales y, en algunos casos, su idioma, han sido fundamentales en el desarrollo de una convivencia armoniosa y en paz.

Como muestra de integración de los Villacarrillenses, puedo citar a don Miguel López Tortosa que fue Diputado en el Parlament de las primeras Corts Catalanes y hoy dedicado a la docencia en la Universidad Rovira i Virgili, o recientemente a Roc Muñoz, Alcalde electo del municipio de La Canonja, en Tarragona, dos ejemplos que demuestran nuestra absoluta integración en las tierras de acogida. No puedo dejar de citar a don José María Redondo Tortosa, a quien pongo como ejemplo de superación en esa época migratoria.

No solo es en política donde puedo citar ejemplos. En la vida cotidiana, citaré muchos nombres de emigrantes de Villacarrillo que han destacado en el mundo industrial, en la enseñanza, el comercio, funcionariado,



policial, empresarial, etc., sin que, a lo largo de estos 50 años, hayan tenido un reconocimiento público, individual o colectivo, por parte de los distintos Consistorios que nuestra Ciudad ha tenido a lo largo de este medio siglo.

Hasta hace poco más de dos años, mis objetivos eran los de cumplir con las obligaciones laborales. Hoy, después de 43 años de trabajo y felizmente jubilado, tengo tiempo suficiente para dedicarme a reflexionar sobre mi vida, en la que hecho de menos, al igual que los más de 8000 emigrantes que nos vimos obligados a abandonar nuestras raíces, este particular reconocimiento de nuestras Autoridades hacia una etapa de nuestra historia, marcada por la emigración masiva de nativos de Villacarrillo.

El problema de la emigración, no se puede olvidar nunca porque los que emigramos, siempre llevamos en la memoria nuestra marcha y la recordamos cada día.

Por todo ello, quiero aprovechar esta oportunidad que se me brinda para llamar la atención del nuevo equipo Municipal, encabezado por nuestro Alcalde don Julián Gilabert Parral, a don Francisco Montañés Soto, como jefe de la oposición, a don Rafael Raya y a FADI, para que acuerden la celebración del Día del Emigrante y dejen constancia, en el parque de nuestro Paseo del Santo Cristo, con la instalación de un mural en cerámica que recuerde esta triste época de nuestra historia.

Estoy seguro que, de llegar a realizarse, sería tanta la expectación que dudo se haya realizado en Villacarrillo un acto comparable tanto en emoción, como en justificación y aceptación por los convecinos, entre quienes difícilmente encontraremos alguien que no tenga alguna relación con alguno de los que emigramos.

Tristemente, este posible y necesario homenaje ya no podrá ser presenciado por los miles de Villacarrillenses que, en el transcurso del tiempo y por su edad, han fallecido con el deseo de volver a su tierra de nacimiento y que ya descansan en la que un lejano día les acogió y les procuró todo cuanto precisaron.

Siempre recordaré a mi padre, Bartolo Pajica, cuando le decía a mi madre: "Juana..., me voy a comprar un burro y cien olivas y volveré al pueblo para cuidarlas". Nunca lo conseguí. Su árbol, arraigado en otra tierra, había dado nuevas ramas y la sombra que proyectaba era demasiado grande para arrancarlo.

José de la Torre Vargas. Emigrante  
<http://vargas-andalan.blogspot.com>

